



Liturgias

La liturgia es el ritual religioso en el que se rinde culto a la divinidad por mediación de la palabra y la música, la dramaturgia y los sacramentos. En el cristianismo se distinguen tres ramas fundamentales: la iglesia ortodoxa, la iglesia católica y las iglesias protestantes.

La iglesia ortodoxa ha cultivado en su liturgia especialmente la idea estética de la belleza (*pulchrum*), de modo que sus rituales culturales ofrecen un gran despliegue ceremonial. La liturgia ortodoxa más famosa es la Liturgia de san Juan Crisóstomo de rito bizantino, con sus largas letanías lentas, a veces de una monotonía casi budista. La liturgia bizantina eslava se caracteriza por la gravedad de las voces y la gestualidad solemne. Por su parte, la liturgia ortodoxa griega alcanza su culmen ritual en un himno sencillo y concentrado que se llama el Himno Akathistos, que como su nombre indica se canta de pie en honor a la Virgen Madre de Dios.

Junto a la liturgia ortodoxa, la liturgia católica es más contenida y romana, pero no menos esplendente en su tradición. Mas su especialidad no está en la idea estética de la belleza, sino en la idea dogmática de la verdad (*verum*), lo que tradicionalmente ha configurado una ritualidad estricta y medida en su despliegue ceremonial. La música gregoriana ha sido el vehículo clásico de esta liturgia católica, una música comedida y sibilina que encuentra su transposición renacentista en nuestro Tomás Luis de Vitoria. Mientras que los corales ortodoxos se caracterizan por la gravedad de sus voces bajas y recias capaces de taladrar con su run-run el alma, los corales posgregorianos de Vitoria se caracterizan por la delicadeza de las voces blancas de los niños, capaces de suspendernos en un éter nimbado. La última etapa de la evolución musical católica estuvo representada por Perosi, el maestro de la Capilla Sixtina de Roma, cuyo expresionismo y colorido latino alcanza su culmen en ciertos oratorios como «La pasión de Cristo».

Finalmente, el protestantismo no se ha especializado en la estética de la belleza ortodoxo-bizantina, ni tampoco en la dogmática de la verdad católica, sino en la ética del bien (*bonum*). Por eso su liturgia no confiere tanta importancia al ritual, sea estéticamente como la iglesia ortodoxa sea dogmáticamente como la iglesia católica, sino éticamente a la proclamación y predicación de la palabra revelada. De ahí que su liturgia sea sobre todo liturgia de la palabra predicada, recitada o musicada. En la tradición luterana emerge como indiscutible la figura de Bach, cuya música religiosa es una celebración gloriosa de la palabra bíblica, y especialmente evangélica. Por su pietismo luterano Bach logra poner en comunicación simbólica el alma humana con el misterio de la divinidad, la inmanencia con la trascendencia, sin necesidad de intermediarios eclesiásticos ni de mediadores sacerdotales, ya que su música es ella misma sagrada y sacerdotal.

Ahora bien, hay un músico que, a pesar de su origen católico, ha creado una obra descomunal en la que concelebra apoteósicamente la escatología de la muerte en cuanto último sacramento de la vida, un sacramento de entrada crucial al otro mundo. Me refiero a Mozart y su Réquiem, cuyo titanismo humano parece sublimarse golpeando las puertas de bronce de ultratumba y clamando al cielo. En este Réquiem podemos congregarnos católicos, protestantes y ortodoxos precisamente como cristianos, ya que representa la unión o unidad ecuménica (*unum*) tanto de la belleza ortodoxa como de la verdad católica y de la ética protestante. En efecto, el Réquiem de Mozart nos confronta estéticamente con la verdad de la muerte propia y con la ética de la muerte ajena.

Andrés Ortiz-Osés